

MAX SEECK

EL LECTOR FIEL

¿Por qué un autor debería tener miedo de lo que escribe?

Traducción:

LUISA GUTIÉRREZ RUIZ



MAEVA | NOIR

Queridos lectores,

No ocurre a menudo que llegue a las librerías un fenómeno internacional como *El lector fiel*, de Max Seeck, una novela que viene precedida por un enorme éxito en todos los países donde se ha publicado. Hasta el momento, son treinta y ocho, y ya está en preparación una serie de televisión.

¿Os imagináis que alguien llevara a cabo los asesinatos que un célebre autor de best sellers describe en sus novelas? Pues eso es lo que le ocurre a Roger Koponen, un escritor de novela negra que ve cómo un fiel lector ejecuta los asesinatos rituales que él solo se ha atrevido a imaginar.

La persona encargada de la investigación es Jessica Niemi, una inspectora implacable que trabaja en el Departamento de Homicidios de Helsinki y que tiene dos puntos débiles: un pasado que guarda en secreto y el profundo afecto que la une a su jefe, Erne Mikson, que la protege como si fuera su hija.

La investigación durará tres intensos días, en los que los protagonistas se moverán frenéticamente por la ciudad en plena tormenta de nieve, tras las pistas que puedan desvelar la identidad del asesino.

Max Seeck ha conseguido crear un nivel de suspense que ninguna novela había logrado desde *La verdad sobre el caso Harry Quebert*. Cuando acabéis *El lector fiel*, descubriréis un fenómeno editorial del que ya formáis parte.

La editora

Para William.

Pasarán unos cuantos años antes de que te permita leer este libro.

*Y entonces, si acaso, recuerda que tu padre no está (estaba)
tan loco como el texto deja entrever.*

1

EL VIENTO ES cada vez más intenso y silba sin descanso en las esquinas de la enorme casa de cristal y hormigón enlucido. El goteo del tejado se ha ido intensificando gradualmente y las salpicaduras amortiguadas recuerdan al crepitar de una fogata. La sorprendente velocidad con la que la capa de nieve se desvanece de las dunas blancas acumuladas en el patio demuestra la fuerza de las ráfagas. María Koponen se ajusta el cinturón de la chaqueta de lana alrededor de la cintura y mira fijamente la oscuridad exterior a través de los grandes ventanales del salón. Contempla el mar helado, que en esa época del año recuerda de forma asombrosa a una extensa llanura, y luego el sendero que conduce al muelle, iluminado por balizas de luz que llegan hasta la rodilla.

María hunde los dedos de los pies en la alfombra afelpada que cubre casi toda la superficie de la habitación. La casa es cálida y agradable. Aun así, se siente inquieta y hasta las más pequeñas discordancias esta noche le resultan irritantes. Como esas malditas estacas luminosas del jardín, carísimas, que no funcionan como deberían. María se despierta de su ensoñación al reparar en que la música ha terminado y camina junto a la chimenea, hacia la enorme librería donde la colección de casi cuatrocientos vinilos de su marido está ordenada en cinco pulcras filas.

A lo largo de los años, María se ha tenido que acostumbrar a que en esa casa la música no salga de un dispositivo con pantalla. «Los vinilos suenan increíblemente bien», había dicho Roger cuando años atrás ella se detuvo por primera vez delante de la colección. Entonces había más de trescientos vinilos. Casi cien menos que ahora. El hecho de que la cantidad de discos haya crecido relativamente poco durante su vida en común le recuerda cuánto ha vivido Roger antes de que ella apareciera. Sin ella. Antes de él, María solo había estado con un hombre. El noviazgo iniciado en los tiempos de secundaria había desembocado en una boda en plena juventud y terminó cuando conoció al famoso escritor. Al contrario que Roger, ella jamás alcanzó a probar la vida de soltera. A veces desea haber podido vagar de un lado a otro sin rumbo, encontrarse a sí misma, relaciones ocasionales. La libertad. No le molesta en absoluto que él sea dieciséis años mayor, pero le carcome la idea de despertar algún día con una sensación de inquietud que solo remita cuando pueda sumergirse en lo desconocido cuantas veces lo necesite. Roger ha podido experimentarlo en su vida anterior. Y ahora, de repente, una noche tormentosa de febrero, mientras deambula sola por la gran casa junto al mar, por primera vez María percibe todo eso como una amenaza, como un desequilibrio que puede escorar el barco si alguna vez su relación se viera de verdad en el ojo de la tormenta.

Levanta la aguja del tocadiscos, toma entre los dedos el álbum *Blonde on Blonde* de Bob Dylan y lo coloca con cuidado en la funda de cartón, en cuya portada el joven artista, que viste una chaqueta de ante marrón y una bufanda de cuadros negros y blancos, mira a la cámara hosco, seguro de sí mismo. María coloca el disco en la estantería y elige al azar uno nuevo del final de la colección, ordenada por orden alfabético. Al cabo de un momento, tras un breve chasquido de los altavoces emana la voz melosa y benevolente de Stevie Wonder.

Y entonces lo ve otra vez. Ahora por el rabillo del ojo. La baliza de luz más cercana a la orilla se apaga un instante. Y luego se enciende de nuevo.

Exactamente igual que hace un momento, se oscurece solo durante un segundo. Sabe que los fluorescentes que relucen dentro de las balizas se cambiaron antes de Navidad, lo recuerda bien porque ella misma pagó la ofensivamente elevada factura del electricista. Y por ello ese asunto trivial la enerva.

Agarra el teléfono y le escribe un mensaje a Roger. No sabe por qué ha decidido molestar a su marido con algo así, cuando sabe que en ese momento él se encuentra delante de sus lectores. Tal vez el motivo sea un arrebató puntual de soledad mezclado con una pizca de inseguridad y celos injustificados. Durante un momento fija la vista en el mensaje enviado y espera que las pequeñas uves de la esquina inferior se pongan azules, pero eso no ocurre. Roger no atiende el teléfono.

En ese momento el disco se atasca. «What I'm about to. What I'm about to. What I'm...» La voz de Wonder suena insegura cuando la continuación de la frase se corta en medio de su hermoso mensaje. Algunos de los discos están ya en tan mal estado que no merece la pena conservarlos. ¿Es que nada funciona en esa maldita casa? Una onda fría la recorre y antes de que pueda entender lo que acaba de percibir, ve que al otro lado de las puertas de cristal sucede algo fuera de lugar. Por un momento, el contorno de una figura se alinea con el reflejo de ella en el cristal, pero después se mueve y se convierte en una entidad distinta a la suya.

2

ROGER KOPONEN SE acomoda en una silla con el asiento tapizado de una tela áspera no transpirable y entrecierra los ojos. Los focos que cuelgan del alto techo en el auditorio principal del centro de conferencias alumbran directamente hacia los ojos de los invitados. Por un momento, solo ve la luz brillante y olvida que frente a él y los dos colegas escritores se encuentran unos cuatrocientos lectores curiosos que atestan la sala para escuchar los pensamientos sobre las nuevas obras de sus vividores favoritos. Roger comprende que el evento es importante para la promoción de su libro. Comprende por qué se ha molestado en conducir cuatrocientos kilómetros entre la espesa nevada y por qué va a pasar la noche en un cuchitril plantado en la plaza principal de Savonlinna, que, sin embargo, a primera vista parece bastante aceptable, con un restaurante de comida rápida en la planta baja cuya falta de encanto han intentado disimular con manteles y servicio en mesa.

Lo que Roger no comprende es por qué la gente de la localidad se molesta en presentarse allí en una tarde como esa. Aunque sus libros han vendido millones de ejemplares en todo el mundo, él jamás será un ídolo asediado por fanes chillones. A pocos se les ocurre que los músicos y los escritores realizan un trabajo muy similar, el mismo producto en distinto envoltorio, pero solo los primeros consiguen que las mujeres de mediana edad lancen sus bragas al escenario. Y, aun así, la gente se ha

presentado. La mayoría son personas mayores que mueven la cabeza de un lado a otro sin saber adónde mirar. ¿Es que no están cansados de las obviedades propias de una parrilla de deportes y de los análisis superficiales que los escritores sueltan sobre su trabajo? Al parecer no, pues está lleno hasta la bandera.

El *thriller* psicológico de Roger publicado la primavera anterior es la tercera y última parte de una trilogía que ha cosechado un enorme éxito. Sus libros siempre se han vendido bien, pero la serie *Caza de brujas* ha hecho estallar la caja registradora; ha sido un megaéxito que nadie supo prever, y menos su agente, que en su día había mostrado escepticismo; ni su antiguo editor, al que Roger había abandonado antes de la publicación de la primera parte de la serie por falta de confianza. Los derechos de traducción de la trilogía se vendieron a casi treinta países en pocos años y hay más a la vista. Antes les iba bien, pero, a raíz del éxito, María y él se podían permitir lo que quisieran. De pronto, todos los lujos y placeres posibles estaban a su alcance.

El evento avanza de forma rutinaria. Ha escuchado las mismas preguntas cientos de veces durante sus giras y las ha respondido en cuatro lenguas distintas, cambiando de vez en cuando la cadencia, la entonación y los pequeños detalles para mantenerse despierto entre la bruma de luces brillantes y las carcajadas.

—Sus libros son bastante violentos —dice una voz.

Roger mantiene la vista fija en la jarra de agua con la que llena su vaso por tercera o cuarta vez. Eso no suele escucharlo, y la verdad es que es cierto; los asesinatos brutales, la tortura sádica, la violencia sexual hacia las mujeres y la inmersión angustiada en los abismos de una mente enferma se describen en los libros de Roger Koponen con alarmante exactitud.

—Recuerda a Bret Easton Ellis, que ha confesado que su manera de procesar la ansiedad era escribiendo con detalle sobre la violencia —continúa.

Ahora Roger posa la mirada en el hombre que hay sentado en el centro de la sala y que sostiene un micrófono en la mano. Se lleva el vaso a los labios y espera a que acabe la pregunta. Sin embargo, transcurre una larga pausa incómoda antes de que ordene sus ideas.

—¿Tiene usted miedo? ¿Por eso escribe? —pregunta finalmente con una voz monótona y aguda. Roger posa el vaso sobre la mesa y mira al hombre delgado, que está calvo en la coronilla. Sorprendente e interesante, casi descarada: esa pregunta jamás se la habían hecho.

—¿Que si tengo miedo? —replica y acerca la boca al micrófono flexible colocado sobre la mesa. Por algún motivo, en ese instante siente una punzada de hambre en el estómago.

—¿Ha plasmado en sus libros sus propios miedos? —continúa el desconocido y posa el micrófono en el regazo. La manera de hablar muestra una seguridad que resulta exasperante. No contiene ni una pizca de discreción nerviosa, de cierta veneración que conlleva la fama a la que Roger está acostumbrado.

—Correcto —responde finalmente y sonrío pensativo. Olvida por un momento a quien pregunta y deja vagar la mirada por el mar de rostros—. Creo que sobre el papel siempre queda algo del autor. Uno escribe de ello a la fuerza, de lo que uno sabe o cree saber. Miedos, deseos, traumas, cosas que quedaron sin hacer y otras que se han hecho por unas razones demasiado endeble...

—No está respondiendo a la pregunta. —El hombre delgado se levanta y se lleva de nuevo el micrófono a los labios.

Roger siente que le invade primero la sorpresa y luego la irritación. «Pero ¿qué clase de interrogatorio es este, joder? No necesito escuchar estas tonterías bajo ninguna circunstancia.»

—¿Podría ser usted más específico? —Pave Koskinen interviene en la conversación, el moderador y organizador del evento y durante mucho tiempo crítico literario. Sin duda, piensa que

ha llevado a cabo su tarea con estilo y dedicación, y ahora teme que su estrella invitada, el escritor de *thrillers* del momento con tres superventas internacionales, se ofenda. Roger, sin embargo, levanta la mano conciliador y sonrío con aplomo.

—Disculpe. Quizá no he entendido bien la pregunta. ¿Que si escribo sobre lo que más temo?

—No. Al contrario —dice el hombre, del que emana una extraña oscuridad. Alguien en la primera fila tose muy alto y le resulta molesto.

—¿Al contrario? —pregunta Roger, ocultando su confusión detrás de una sonrisa boba.

—Así es, señor Roger Koponen. —El hombre continúa mecánicamente. La manera en que pronuncia su nombre no es solo sarcástica sino también escalofriante—. ¿Tiene miedo de lo que escribe?

—¿Por qué debería temer mis propias novelas?

—Porque la realidad es más increíble que la ficción —replica el hombre de rostro enjuto, y luego vuelve a tomar asiento. Por la sala se extiende un silencio nervioso.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, Roger se acomoda ante una mesa alargada revestida con un mantel y situada en el vestíbulo rebo-sante de gente, rodeado del rumor de las conversaciones. El primero en la cola de los que esperan una dedicatoria es, por derecho propio, Pave Koskinen.

—Gracias, Roger. Gracias. Y disculpa por ese listillo. Manejaste bien la situación. Por desgracia, no todos han sido bendecidos con habilidades sociales.

—No pasa nada, Pave, siempre hay bichos raros. En este mundo, de lo único que somos responsables es de nuestro propio comportamiento. —Ríe y se da cuenta de que ha colocado delante de él las tres partes de la trilogía para que estampe su

dedicatoria. Mientras garabatea en la guarda algún comentario personal que acompañe su firma, echa un vistazo a la cola que serpentea frente a él y se percata de que al tipo raro de rostro flaco no se le ve por ninguna parte. Menos mal. Cara a cara, no sería capaz de manejar la provocación de una manera diplomática.

—Te lo agradezco, Roger. Muchas gracias. Tenemos una mesa reservada a las ocho en el restaurante del hotel. Tienen un estofado de cordero excelente. —Koskinen sonrío y se queda de pie con los libros aferrados contra el pecho como una escolar entusiasmada.

Roger asiente despacio y posa la mirada en la mesa como un acusado al que el juez le acaba de leer su sentencia. Al otro no tendría que resultarle difícil darse cuenta de que preferiría retirarse a su habitación. El escritor ha acabado odiando el parloteo banal y tener que beber vino tinto por obligación, algo que difícilmente tiene impacto sobre la venta de sus libros. Podría declinar la oferta y colocarse en la frente el sello de gilipollas asocial.

—Suená bien —responde cansado al cabo de un instante y se esfuerza por imprimir en el rostro una sonrisa casi creíble. Páve Koskinen asiente contento y deja al descubierto unos dientes que, gracias a las nuevas coronas dentales, parecen más o menos blancos. El hombre dá impresión de inseguridad. Luego se aparta de la mesa y deja espacio al ciempiés serpenteante que forma la gente mientras espera con los libros contra el pecho.

3

LA INSPECTORA JESSICA Niemi se recoge en una coleta el cabello negro que le llega hasta los hombros y se pone unos guantes de piel. El automóvil emite un pitido agudo cuando ella abre la puerta del copiloto con el motor aún en marcha.

—Gracias por traerme —le dice al hombre que está sentado al volante.

—Será mejor que nadie sepa quién te ha traído —responde él y bosteza. Durante un momento se miran el uno al otro como si ambos esperaran un beso. Pero ninguno da el primer paso.

—Esto ha sido un puto error.

Jessica baja del coche y entorna los ojos, el viento helado le quema la cara. Ha nevado mucho y las máquinas quitanieves que retumban ahora junto a la escuela no han llegado hasta la orilla del mar. Cierra la puerta del automóvil y frente a ella ve una gran casa moderna, un patio de entrada estrecho, un seto de tuya que le llega a la altura de los ojos y una puerta de hierro forjado. Delante de la villa hay aparcadas dos furgonetas de la policía y, a juzgar por el sonido de sirenas en la distancia, vienen más de camino.

—Hola. —Un hombre vestido con el grueso uniforme policial de color azul aparece por detrás de una de las furgonetas y se acerca a ella—. Soy el agente Koivuaho.

—Jessica Niemi —responde ella y muestra su placa. Los colegas de uniforme, sin embargo, ya la han reconocido. Todos la

conocen. Al pasar ha oído alguno de sus apodos. Detective culoprieto, Lara Croft, PQMF (policía que me follaría)—. ¿Qué ha ocurrido? —pregunta.

—Pues, joder... —Koivuaho se quita el gorro azul oscuro y se frota la calva de la coronilla. Ella aguarda paciente a que el hombre se recomponga. Echa un vistazo a la puerta de la casa y repara en que está medio abierta—. Recibimos la llamada a las diez y cuarto. Taksinen y yo estábamos por la zona y fuimos la primera patrulla en llegar —explica el agente y le hace un gesto para que lo siga hasta el patio de la entrada.

—¿Qué instrucciones os dieron los de emergencias? —pregunta mientras asiente con discreción a los agentes de guardia que están junto al coche a modo de saludo.

—Nos informaron de que alguien iba a suicidarse. En esta casa —dice Koivuaho ya en el porche. La nieve derretida ha formado un charco en el suelo de piedra de la entrada. El viento se calma un instante y el hombre continúa—. La puerta estaba abierta, así que entramos.

Bajo la brillante lámpara del techo, Jessica comprueba la expresión asustada del fornido Koivuaho. La inspectora dobla los dedos doloridos por el frío e intenta hacerse una idea de la situación basada en lo poco que le han contado hace un rato por teléfono.

—Entonces, ¿en la casa no hay nadie más? —pregunta, aunque sabe que la respuesta es negativa. El agente niega serio con la cabeza y se vuelve a calar el gorro de lana.

—Examinamos ambas plantas. Tengo que decir que el corazón jamás me ha latido tan deprisa. Y luego la maldita música que salía por los altavoces.

—¿Música?

—Resultaba inapropiada para la situación... demasiado tranquila.

—¿Dónde está el cadáver? —inquire Jessica al tiempo que Koivuaho le entrega el equipo protector básico para la escena del crimen: guantes, mascarilla y cubrezapatos. Ella se agacha y se pone los patucos azules sobre las zapatillas de deporte. La funda de la pistola se desplaza hacia el suelo.

—Tratamos de no contaminar la escena —dice Koivuaho y tose en el puño. Ella se retira un mechón de pelo húmedo de la frente y se dirige hacia los grandes ventanales que dan al mar. Pasa junto al aseo y la cocina y llega al amplio salón de paredes de cristal.

Las luces de emergencia de los vehículos aparcados fuera destellan en los enormes ventanales y hacen que los muebles palpiten bajo una luz azul al ritmo de los latidos del corazón. La estancia recuerda demasiado a un acuario como para ser confortable, pero al ver la figura sentada a un extremo de la mesa de comedor, Jessica deja súbitamente de evaluar las características estéticas de la habitación.

Se detiene un instante y trata de comprender por qué la mujer sentada en la silla, casi erguida, parece tan antinatural. Luego se aproxima unos cuantos pasos y siente un estremecimiento en el estómago.

—¿Has visto alguna vez algo tan espeluznante? —pregunta Koivuaho desde algún lugar a su espalda, pero ella no oye la pregunta.

El rostro de la mujer muerta está retorcido en una sonrisa casi histérica. Incluso sus ojos ríen. La expresión contradice por completo el hecho de que ha perdido la vida hace un instante. Lleva puesto un vestido negro de fiesta en el que destaca el pronunciado escote. Las manos descansan cruzadas sobre la mesa. Una mesa vacía. No hay teléfono, no hay arma. Nada.

—Le tomé el pulso. Por lo demás, no he tocado nada —le explica su colega y ella se gira hacia él. Se acerca con cuidado

y se inclina para examinar el rostro distorsionado en una mueca artificial.

—Qué cojones... —murmura tan bajo que solo podría oírla la mujer si aún estuviera viva. Con un rápido vistazo se percata de que los pies descalzos están cruzados bajo la silla y que los Jimmy Choo de color negro mate y tacón alto han sido colocados cuidadosamente junto a la silla. Las uñas de los pies y de las manos están lacadas de un negro brillante.

—¿Koivuaho? —dice al tiempo que dirige de nuevo los ojos al rostro de la mujer, con una expresión de euforia forzada que aturde hasta el extremo.

—¿Sí?

—Es evidente que esto no parece el típico suicidio... Pero desde el principio informasteis de un asesinato.

—Joder. —El agente traga saliva y se acerca unos pasos hacia la mesa. El sudor le resbala por las abultadas sienes, se le desliza por detrás de las ojeras y le desaparece entre la nuca robusta y el cuello de mono. El hombre da la impresión de evitar la mirada del ser sin vida y continúa inseguro—: ¿Es que no te han contado que esa llamada a emergencias...?

—¿Sí? —pregunta Jessica impaciente cuando él guarda silencio un instante.

—Esta mujer no hizo la llamada —dice Koivuaho y se detiene unos segundos para pasarse la lengua por los labios resecos. Jessica sabe cómo va a continuar la frase, pero aun así se estremece al escucharla—. La hizo un hombre.

4

ROGER KOPONEN LEVANTA el vaso y se bebe el resto de Calvados, lo reparte con cautela por toda la boca y no capta el más mínimo sabor a manzana o a pera. «Mierda barata.» La cena en sí, sin embargo, ha resultado una sorpresa positiva, lo que no debe agradecer a los organizadores, sino a Alisa, la gerente treintañera de una librería local. Un bombón que ha sacado provecho de su rostro bonito y de una risa melodiosa, y que mantiene su figura en perfecto estado. «Crossfit.» Lo había mencionado antes, cuando explicaba que su exnovio se olvidó una vez las llaves dentro del apartamento, en la segunda planta, y cómo habían logrado escalar apilando los muebles del jardín y... bla, bla, bla. ¿A quién le importa? Roger ha estado observando cómo los labios discretamente hidratados con brillo formaban las palabras en lugar de prestarle atención a los detalles de la anécdota. Lo esencial es que el «novio» que aparece en la historia, ya sea por decisión mutua o de uno de ellos, se había ganado el prefijo de «ex».

La forma en la que la gerente lo mira es la manera en que las mujeres solteras de treinta y tantos, que se mueven entre la eterna juventud y la incipiente necesidad de reproducirse, lo miran, en el mejor de los casos. Roger disfruta de la atención. En su juventud nunca fue lo que se dice un galán. Todo lo contrario, de hecho. Su interacción con el sexo opuesto fue un fracaso durante su temprana adolescencia y reparar esas primeras

decepciones le había costado casi dos décadas. De joven, era demasiado raro y extraño para las mujeres de su edad, y hasta los cuarenta no comenzó a ganar una confianza natural en su apariencia y encanto. De modo que hoy puede aceptar que la mujer de enfrente lo mira a él de manera insinuante y no al camarero, un niño con el aspecto de Shia LaBeouf que está detrás de él y le sirve más licor de manzana mediocre.

La edad le ha brindado éxito, dinero, confianza en sí mismo y, sobre todo, el tipo de carisma que no se puede alcanzar solo a base de un bronceado artificial, unos abdominales que se adivinan bajo la camisa y una espesa cabellera. Las mujeres lo desean. Igual que alguien que labra su tierra con dedicación, también él ha encontrado su parcela, el tipo de mujer a la que siempre consigue. Y a ese feliz club se unió finalmente María. Y Alisa, la gerente de la librería, también se unirá a él.

—¿Soy la única que aún no ha leído *Caza de brujas*? —pregunta ella y se ríe abiertamente.

Los aduladores sentados alrededor de la mesa rebuznan su irónica desaprobación y se suman a la risa. Alisa le da un sorbo al vino, le lanza a Roger una mirada juguetona desde detrás de la copa y luego se encoge de hombros, conciliadora, como si le acabara de arrojar a la nuca una bola de nieve. La mujer coquetea mediante la provocación. Y él encuentra su actitud increíblemente sexy. Nota una erección incipiente y considera la posibilidad de levantarse de la mesa y visitar el servicio de caballeros. Alisa lo seguiría, de eso no hay duda. Podría darle a la librera un buen repaso sin verse obligado a mirarla después, acostada a su lado en la cama de la pequeña habitación de hotel. Sin tener que inventar un tema íntimo y profundo del que conversar cuando ya no hay necesidad.

—Estás en la minoría, Alisa —sonríe Pave Koskinen, sentado a su lado, y raspa con la cuchara el helado derretido en su plato

de postre, para continuar diciendo—: Parece que lo han leído todos. Incluso los que nunca leen novelas de intriga.

Roger posa su copa sobre la mesa, sonrío a Pave, seguro de que su sonrisa falsa no ha logrado ocultar su repulsión. El viejo se ha despojado de todo lo que le quedaba de dignidad al continuar la adulación e intentar rescatar a su autor estrella de un dardo que, debido a su escasa perspicacia social, el hombre no reconoce como parte de la danza de apareamiento.

—Voy a empolvarme la nariz —dice Alisa, se frota las comisuras de los labios con la servilleta, como si la etiqueta requiriera el gesto, y se pone de pie. La chica va un paso por delante. Los ojos de Roger la siguen mientras rodea la mesa con sus tacones altos y, cuando pasa junto al escritor, ella le roza la espalda con discreción. Una señal innecesaria, el juego es obvio. Él se toma un momento para observar a los dinosaurios sentados alrededor de la mesa y observa que solo Pave ha levantado su mirada insegura para seguir a Alisa. «Así que tú también tienes sangre en las venas, Pave.» Roger acaricia el pie de la copa de Calvados y medita su próximo movimiento. Han pasado más de seis meses desde la última vez. Desde entonces, se ha prometido a sí mismo innumerables veces que nunca volvería a tontear a espaldas de María, al menos no en una situación en la que el riesgo de que lo descubran supera la tentación. Pero ese es un caso límite. El deseo que brilla en los ojos de la joven la hace particularmente intrigante, y en el transcurso de la cena ha quedado claro que no hay motivo para esperar una conexión más profunda. Pin, pan y adiós. Un par de minutos y listo.

Roger empuja su silla hacia atrás, deja escapar un suspiro casi ansioso y se pone de pie. Echa un vistazo al reloj de su teléfono móvil y se da cuenta de que ha recibido tres llamadas de un número desconocido y un mensaje de WhatsApp de María. Hace dos horas. «¡Las carísimas luces del jardín no funcionan!» Debajo, un emoji con lágrimas y una cara naranja enfadada.

Roger siente una punzada en el estómago. Experimentar remordimientos de conciencia por su comportamiento no le hace sentirse menos cabrón. De repente comprende que había estado mal comprometerse con María solo porque no quería compartir con nadie su botín. Sabe que cualquier hombre de mediana edad daría uno de sus riñones por poder envejecer junto a una mujer como ella. Y, a pesar de eso, corre detrás de la chica de la librería.

«No te agobies. Me ocupo mañana.» Espera un momento para ver si María lee el mensaje, pero, como no lo hace, devuelve el teléfono al bolsillo.

—Con vuestro permiso —dice sin presentar ninguna excusa y se marcha. Solo al salir del comedor privado oye a las moscas que siguen zumbando. Charlan sobre lo divertida que ha sido la velada y que Roger seguro que piensa que el evento ha sido un éxito. Por lo demás, el restaurante está vacío, y cruza el comedor desierto hacia los baños. Pasa junto al mostrador de recepción, hace un gesto con la cabeza a la recepcionista, que acaba de contestar el teléfono, y distingue la puerta entreabierta del baño de mujeres. Su corazón late con más fuerza y su mente imagina que en un momento estará subiéndole el vestido de rayas blanco y negro hasta la cintura, bajándole las bragas y metiéndose dentro de esa joven mientras le pone la mano sobre la boca para evitar que despierte la curiosidad del resto de invitados. Justo cuando está a punto de alcanzar el pomo de la puerta, oye una voz a su espalda y se queda petrificado, como un adolescente que se escabulle sin permiso para ir a una fiesta y es abordado por la voz enfadada de su madre. Pero el tono de esa voz no es de reprimenda, sino más bien de disculpa. Pertenece a la mujer de la recepción.

—Disculpe. Es usted Roger Koponen, ¿verdad? —pregunta la recepcionista a una distancia prudencial.

—Sí —responde él, preguntándose si aún puede alegar con cierta credibilidad que malinterpretó el símbolo de la puerta que representa la silueta de una pastora.

—Tiene una llamada —anuncia la mujer y Roger se da cuenta de que la recepcionista parece preocupada. «¿Una llamada? Joder, qué oportuna.»—. Es la policía —continúa antes de que él alcance a preguntar.

—¿Qué? —la pregunta sale brusca de su boca, está sorprendido y decepcionado al mismo tiempo. Desde el baño de mujeres llega el sonido de tacones altos que repican en el suelo de baldosas.

—La policía está al teléfono. Parece que viene alguien de camino.

—¿Por qué?

—Su mujer. Se trata de su mujer.